

LAS BRUJAS DEL SIGLO XX

«La humanidad progresa; los descubrimientos de nuestro siglo serán la mejor página de nuestra época; se ha adelantado más en veinte años que en pasadas edades en dos siglos»; tales son las palabras que á cada instante oímos en derredor nuestro, y con la costumbre de oirlas acabarían por hacérselas creer, si la evidencia de ciertos hechos no nos convenciera de cuán lejos nos hallamos del verdadero progreso.

Allá en lejanas edades, en medio de unas generaciones donde eran contadísimas las personas que sabían leer y escribir, en la soledad de los bosques ó en alguna miserable aldea diseminada bajo las sombrías murallas del soberbio castillo feudal, de tiempo en tiempo se oía hablar de que en alguna desierta cueva existía espantosa vieja de erizados cabellos y afiladas uñas, que en determinados días y al tocar las doce de la noche del sábado, hacía sortilegios, daba maleficios ó adivinaba, á los ignorantes que acudían á consultarla, los recónditos secretos del ignorado porvenir.

Pero como las gentes la conocían con el repugnante nombre de bruja, si forzosamente se hallaban en la precisión de pasar cerca de ella, era siempre después de haber hecho la señal de la cruz, y tan solo algún desesperado se atrevía a cruzar los dinteles de su cueva, impul-

sado por satánica ambición, por desesperado amor ó por terrible venganza. Sucedió á menudo que la Inquisición trababa conocimiento con la hechicera, y la poderosa bruja, que, según ella misma afirmaba, poseía suficiente fuerza para cambiar los decretos de cielo y tierra, no tenía poder para escapar de la hoguera á que horrorosamente se la condenaba.

Esto acontecía en los tiempos de la ignorancia; pero en los siglos de la ilustración la cosa es completamente distinta.

No en la soledad de los bosques; no escondiéndose entre la sombra de la noche; no entre gentes ignorantes, si no en populosa ciudad, á la clara luz del día y entre un pueblo que pretende pasar por ilustrado, viven, no en miserables cabañas, sino en estancias bellamente amuebladas, con lujosos vestidos y bien peinados cabellos, las brujas de estos tiempos.

Sentadas ante una mesa, en la que se ostenta el característico juego de naipes sin que la más pequeña inquietud relativa á su seguridad personal venga á turbar sus inícuas operaciones, turban ellas sin corazón ni conciencia, el reposo de innumerables familias, sembrando la ambición. los celos, la calumnia y la discordia entre maridos y esposas, padre é hijos, hermano y hermanas, y con preferencia en el alma del incauto que tiene la ceguedad de consultarlas á costa de sus intereses, y lo que es peor aun, de su propia tranquilidad.

Así como el sepulturero vive de los muertos, viven ellas de los pesares y disensiones domésticas, muchas de las cuales pasarían, sin su perniciosa intervención, como tempestades de estío; pero como de su enredo dependen sus intereses, ya que cuanto más duran las riñas más duran las consultas, les es preciso mantener el fuego, porque su calor mantenga su prosperidad, movil poderoso que ha conducido á muchas hasta los espantosos abismos del crimen.

Hace algunos años murió un caballero que vivía con una criada y doncella joven.

Su muerte fué tan horrorosa y extraña, que los médicos que le cuidaron creyeron de su deber hacer la autopsia al cadáver, en el que se hallaron evidentes señales de envenenamiento.

Presa la doncella, por recaer en ella sospechas, declaró que habiendo ido á pedir á una mujer que echaba las cartas cómo podría lograr que su amo se enamorara de ella, le había aconsejado que le echara en el vino unos polvos que, analizados por los químicos, aseguraron ha-

berle producido la enfermedad que le ocasionó la muerte. ¡Cuántos y cuántos crímenes se han elaborado con estos cimientos!

Y no se crea que sean solo las mujeres del pueblo las que concurren á las casas en que se venden filtros que con el nombre de remedios dan la muerte, y con sencillas barajas se pretende adivinar los escondidos secretos del corazón humano y los ocultos designios del porvenir; para vergüenza de nuestro siglo, no faltan hombres que, seducidos por la ambición, traspasan sus umbrales, y señoras que por la educación que han recibido deberían sentir para tales supercherías la repugnancia que les causaría el asqueroso reptil que el azar colocara sobre su rostro.

El mal es viejo y tiene proporciones más extraordinarias de lo que á primera vista parece.

La humanidad deja fácilmente de creer lo que puede dar paz á su alma, consuelo á sus lágrimas y resignación á sus penas y se resiste á dejar creencias que la martirizan y que por inexplicable espíritu de contraposición parece que el viento de la incredulidad las enciende y alimenta.

Al escritor más elocuente le faltarán siempre palabras para elogiar como es debido los progresos científicos de nuestro siglo; hero bumbando la frente ante las irrefutables páginas de la historia de la humanidad, tendrá que confesar que vicios, crímenes y supersticiones viven y arraigan bajo el sol de la ilustración presente, como vivieron y arraigaron en las obscuras tinieblas de la Edad media.

Cada día se hacen exposiciones al Gobierno para pedir lo que se cree que ha de ser de pública utilidad. ¿Cuando se presentará la exposición en que se pida sea obligatoria la instrucción de la mujer?

Tal vez entonces sería más difícil que mujeres ilustradas creyesen que otras sin conocimiento de ninguna clase, adivinasen en una simple baraja secretos que, desde la creación del mundo, Dios ha guardado estrechamente cerrados para todos los sabios de la humanidad.

Y mientras no llega ese día, nos atrevemos á rogar á nuestros novelistas y poetas, que desde lejanas épocas, pensando más en la belleza artística que en el extravío que pueden producir á los que, sin tener su instrucción, leen sus libros ó asisten á las representaciones dramáticas de sus obras; que dejen de crear tipos que, como la nigromántica de la «Buenaventura» de Sué, el ama de Edgardo en la «Lucía» de Walter Scot, la bruja de la ópera «Un ballo in maschera», y tantas y

tantas otras que sería largo enumerar, corroboran y afirman las fatales creencias en los vaticinios de brujas, nigrománticas y adivinatoras.

Los escritores solo cumplen con su deber cuando, al mismo tiempo que á la belleza artística, atienden al fondo moral de sus obras.

Presenten los novelistas y poetas la superchería y la superstición, no con los maravillosos ropajes á que nos han acostumbrado en la novela y en el teatro, sino con toda su repugnante desnudez, y seguros estén que contribuirán con trascendentales piedras al progreso y á la felicidad de los pueblos.

DOLORS MONSRRDÁ DE MACIÁ.

